

GÁRGANO

Figuras y fantasmas

En cualquiera de las pinturas de Germán Gargano, es fácil advertir que el artista, entregándose a las alternativas que va proponiendo la materia -densidades del color, gamas y contrastes que casi siempre se manifiestan en formas larvales- nos involucra en un imaginario donde la ambigüedad es el tono dominante.

En la maraña de signos, gestos y acumulaciones que habitan sus cuadros, en los múltiples espacios que se burlan de la continuidad del plano, en los cambiantes puntos de vista que adopta el artista para entregar sus escenas, un mundo de apariencias a veces reales, a veces fantasmáticas se hace presente. No es fácil descifrar lo que acontece en estas telas, pues si el artista tuvo un argumento o punto de partida, al entregarse a este vehemente materia directa, quedó rebasado o sepultado. En cierto modo, Gargano cuestiona constantemente la idea de un centro a partir del cual sea posible organizar sus escenas. Más bien -y pensando la noción de rizoma, fundamental en la filosofía de Gilles Deleuze- Gargano conduce al espectador de una punta a la otra y de arriba abajo del cuadro dejando que sus invisibles tubérculos florezcan en los lugares más impensados de la superficie, como si la idea de un eje organizador de la obra falseara sus más íntimas convicciones.

En una breve nota que escribí en 1989 sobre el artista, preguntaba: "...su pintura es celebración de la materia o comentario trágico de la vida?". Entonces, como hoy -no obstante los profundos cambios operados en su pintura-, la misma ambigüedad dominaba su arte, aunque es posible señalar otros momentos de su recorrido en que daba paso a una figuración expresionista donde las referencias al mundo eran de inmediato reconocibles.

Hoy, nos encontramos frente a planteos donde abstracción/figuración se imbrican en una continuidad que a simple vista podría ser un caos propiciatorio. Pero estas visiones en sus sugeridos paisajes, son frutos de la multidireccionalidad de su mirada que, adoptando singulares perspectivas que se acoplan en la superficie, componen sus enigmáticas imágenes. A veces, estas obras producen la sensación de que la totalidad del cuadro responde a un disolvente plan; si en algunos sectores lo representado aparece como visto desde lo alto, en otras zonas -donde reconocemos entre flamígeros colores figuras humanas o animales- se trata de escenas capturadas desde otro punto de vista. La escala de sus figuraciones responde a íntimas urgencias expresivas, pues el artista, en muy pocos casos se ajusta a una propuesta realista, más bien -como fantasmas que evocan la figura- son portadoras de una extraña simbología.

Estas obras, por su dinámica, por sus constantes eclosiones, por los itinerarios que propone esta materia rica en contrastes abiertos, transmiten un sentimiento épico; se trata de grandes espacios donde -reconozcamos o no el argumento, y dejando de lado algunas obras de carácter profundamente intimista- todo indica que estamos ante inquietantes confrontaciones, luchas o combates. Es aquí donde la pregunta evocada antes, encuentra su respuesta: por un lado el esplendor del color que cubre la superficie como si cantara la luz, y por otro, el drama de lo humano, ese pathos permanente que atraviesa nuestro tiempo. Germán Gargano actualiza estas condiciones y pareciera decírnos con sus potentes obras, que los aspectos exteriores del mundo y sus objetos son apenas una cáscara, una tímida convención visual alejada del corazón de este mundo.